

**4-5-2008**

ASTURIAS

## Los trabajadores piden mejoras en las instalaciones y los equipos de los juzgados



GIJÓN. Una funcionaria revisa una pila de expedientes en los juzgados tras el final de la huelga el mes pasado. / SEVILLA

En los juzgados más pequeños, donde la huelga ha sido un contratiempo pero no una catástrofe de las dimensiones alcanzadas por Oviedo o Gijón, los trabajadores están menos preocupados por las consecuencias de la huelga o la espera por el prometido aumento de sueldo que por las condiciones en que desarrollan cada día su labor. Es el caso, por ejemplo, de Lluarca, cuyos nueve funcionarios esperan que desaparezcan las diferencias entre el Ayuntamiento y el Principado para la construcción de una nueva sede judicial. La actual, situada en el primer piso de un edificio de viviendas, se ha quedado desfasada. Tiene unos accesos tan imposibles que a menudo los forenses deben bajar a la calle a reconocer a víctimas de delitos si se encuentran tan maltrechas que no puedan subir las escaleras. Carece de aparcamiento y la plantilla

se apretuja en una dependencias demasiado pequeñas, señala Luis Pérez, delegado del sindicato CSI-CSIF en Asturias y funcionario con plaza en la capital de Valdés.

«El ejemplo de lo que debe ser un juzgado está cerca, en Castropol, un sitio inmejorable», apunta. En Lluarca, sin embargo, el uso del solar ya reservado para el nuevo juzgado separa al equipo de gobierno de la Consejería de la Presidencia, de la que también depende el área de Justicia del Gobierno regional.

Quejas similares se expresan en Pola de Lena. A diferencia del Occidente, en ese concejo la huelga sí alcanzó una repercusión importante en uno de los dos juzgados de primera instancia e instrucción, pero los trabajadores calculan que los asuntos pendientes quedarán al día en un plazo de dos o tres semanas «sin necesidad de horas extras». La plantilla se encuentra mucho más preocupada por el estado de las instalaciones. Su principal reproche es la falta de medidas de seguridad de unas dependencias abiertas al público sin disponer siquiera de un vigilante de seguridad. «Un día vino un hombre sometido a tratamiento ambulatorio. Me quería rajar. Tuvimos que llamar a la Policía Local, que es lo único que nos queda», relató el viernes una funcionaria. Aunque existe el proyecto de dotar a la oficina de un botón de alarma con hilo directo con las fuerzas de seguridad, sigue sin hacerse realidad.

Como en Lluarca, los trabajadores ansían el momento de estrenar la nueva sede. Ese momento tardará en llegar, porque el municipio ni siquiera ha decidido dónde lo situará, así que se han resignado a pasar todavía un tiempo en lo que denominan «el zulo». «No hay intimidación para los declarantes, todo es muy pequeño y la falta de luz natural es tan acusada, que siempre necesitamos ponernos las gafas de sol al salir a la calle», señala la misma funcionaria. A sus compañeros y a ella misma les gustaría que, mientras se decide la mudanza, se ganara espacio en los despachos vacíos del piso de arriba.